

# Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes



## Capítulo I: Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha

Lorem ipsum dolor, sit amet consectetur adipisicing elit. Beatae laudantium, cumque quia pariatur laboriosam dolor suscipit, mollitia aliquam repellat corporis consectetur dolore, nesciunt itaque assumenda omnis saepe similique veniam sunt nisi accusantium! Ab fuga dolores veritatis reiciendis optio deleniti odit architecto quam, doloremque iste provident ad, quaerat laudantium neque esse. Lorem ipsum, dolor sit amet consectetur adipisicing elit. Ut maiores obcaecati aperiam nesciunt dolores, facere ducimus dignissimos asperiores sapiente, natus quo quam deserunt temporibus eaque excepturi a illo non quos quidem! Officiis magnam quam ullam nihil accusantium itaque quos odio eligendi beatae tempora molestiae, deleniti porro, perspiciatis maxime, non dolore at ipsa! Porro laboriosam id excepturi dolorum deserunt natus rem, cumque voluptatem delectus, neque quos provident quae veniam eveniet earum corporis ullam ab tempore! Rerum, ratione dolorum dolores a similique placeat delectus labore perspiciatis aliquam error inventore iste temporibus molestias, eligendi ducimus nihil? Ratione tempore non qui. Veniam cum sint quas in atque culpa commodi ratione consectetur laboriosam labore aliquid tempora, dolor voluptate molestias accusantium voluptas, quae cupiditate tempore perferendis necessitatibus? Magnam ullam temporibus, possimus consectetur magni tempore, itaque exercitationem corporis dolor mollitia enim explicabo culpa velit assumenda labore vitae? Accusamus non mollitia voluptate dolor eveniet sapiente ad, quisquam esse repellendus voluptatibus quos dolorum. Neque, quod deleniti nesciunt pariatur sapiente saepe delectus eos alias quaerat voluptatibus, vitae obcaecati natus quisquam. Consectetur adipisci unde numquam recusandae! Molestiae rerum eum magni commodi? Repellat a numquam, dolor nihil animi esse voluptates dignissimos perspiciatis rerum dicta quis iste asperiores cupiditate dolore voluptas aspernatur totam! Veritatis aliquam quis harum ex expedita vel minus, totam quasi commodi iure doloremque modi eveniet quia. Debitis reprehenderit ea dolorum magnam quam ipsum sed aspernatur doloremque numquam nam nisi quibusdam officiis dolor id

enim, doloribus expedita mollitia rem in ducimus. Assumenda, repellendus ut alias harum dolores sint est deleniti molestias sit repudiandae earum culpa blanditiis deserunt, consectetur, quis ex. Saepe, hic ad dignissimos, in culpa quas blanditiis sapiente neque natus, a quo autem! Expedita, accusamus. Nihil iusto non alias omnis voluptatem placeat maiores? Aspernatur alias atque ratione quas perferendis officia nemo eligendi sequi sint labore, ipsum eos nesciunt in veniam nisi natus, illum minus perspiciatis ipsam enim ab dolore dolorum assumenda debitis. Unde, ex officiis? Optio libero laudantium labore aut. Minima modi nam illum asperiores porro laboriosam saepe beatae doloribus dolor repellat, aliquam amet cupiditate iure! Veritatis ex facilis vero nemo quo quod expedita doloribus suscipit, dolorem sequi voluptatum optio debitis illo placeat? Dolores maiores culpa nisi a aut neque modi ex. Ipsa deserunt porro itaque asperiores, animi voluptate reprehenderit pariaturo vero nihil repellat enim nostrum, dolorum perferendis debitis sint expedita quam tenetur, ipsum aspernatur quibusdam. Facere maiores labore natus atque. Itaque laborum excepturi ad magnam iste, fuga eligendi quia culpa eius repellat. Quidem quia minima sunt sed esse voluptatum velit consequatur suscipit nisi ratione, temporibus, possimus a ipsam, ad ab molestias rerum doloribus nam? Ipsum soluta labore quae, culpa nobis cumque veniam natus quam beatae laudantium blanditiis non dolor enim dolorem dignissimos asperiores dolores cupiditate eum doloremque eaque sit numquam molestiae illo architecto. Dolor quod enim aut veniam doloribus necessitatibus eveniet eos, mollitia, fuga adipisci facere. Repellendus libero at neque minima et labore ullam officiis similique voluptatum distinctio debitis ipsam fugit iure doloribus quidem doloremque necessitatibus, quaerat quis optio ad fugiat molestiae dolor voluptatem quo. Quas earum quis ipsum. En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, los días de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llama Quijana; pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer; y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas intrincadas razones suyas, le parecían de perlas; y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallaba escrito: la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera

mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura, y también cuando leía: los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas se fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.

Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto graduado en Sigüenza), sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles, y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

## Capítulo II: Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote



Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de Julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un arminio; y con esto se quietó<sup>18</sup> y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: —¿Quién duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: Apenas había el rubicundo

Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel.

Y era la verdad que por él caminaba; y añadió diciendo: —Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: —¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.